



El Caimán: literatura y libertad en la Cieza de la Transición

Francisco J. Salmerón Giménez

En 1976 la dictadura franquista estaba en proceso de descomposición. Era evidente para todos que estaba a punto de concluir la etapa a la que el escritor gallego Celso Emilio Ferreiro se refirió como *la larga noche de piedra*:

*El techo es de piedra.
De piedra son los muros
y las tinieblas.
De piedra el suelo
y las rejas.
Las puertas,
las cadenas,
el aire,
las ventanas,
las miradas,
son de piedra.
Los corazones de los hombres
que a lo lejos acechan,
hechos están
también
de piedra.
Y yo, muriendo
en esta larga noche
de piedra.*

Uno de los derechos que quedaron sepultados bajo la piedra fue el de la libertad, la cualidad que nos hace humanos. Y a recuperarla se afanaron casi todos en los años que ahora conocemos como Transición democrática.

Pero en este sentido existía entre los protagonistas una diferencia generacional, porque algunos adultos la habían conocido pero los jóvenes sólo podían imaginarla. Lo cual no era sencillo porque se vivía un presente histórico sin memoria histórica, aunque esto diera lugar a un cierto aire de entusiasmo colectivo que surgía del saberse haciendo, por fin, historia.

Si se miraba hacia atrás sólo se veía un vacío. Los estudios históricos que se han realizado sobre la cultura española durante el franquismo nos ofrecen la imagen de un desierto cultural, resultado de un violento asalto al poder que conllevó la destrucción no sólo de lo que la segunda república había representado sino de todo lo que en la esfera de las ideas había empezado a tomar forma, hecho todavía

más catastrófico si tenemos en cuenta que en el primer tercio del siglo XX se vivió uno de los momentos más brillantes de la cultura española, su edad de plata, según el término que acuñó el historiador Manuel Tuñón de Lara en un libro también brillante que se publicó en esos años 70'.

Por tanto sólo se podía mirar hacia delante y a eso lo llamamos creación. Cada paso dado por los jóvenes que lo eran entonces significaba un acto de creación: dar existencia a una cosa a partir de la nada.

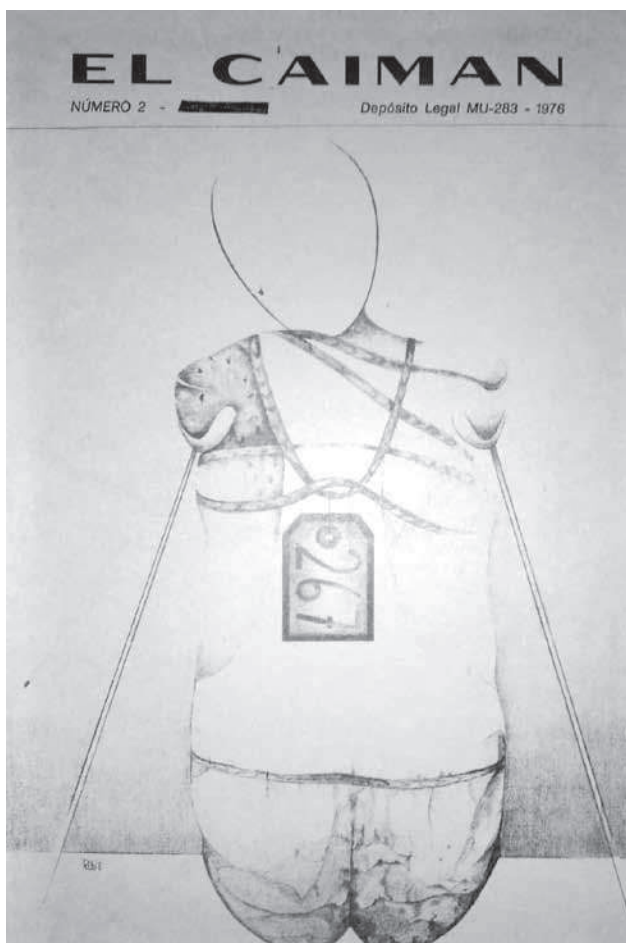
Si no de la nada, casi desde la nada. La existencia de Ruedo Ibérico, una editorial fundada en París que conseguía con sus libros y revistas penetrar en España de forma clandestina o podían leerse por aquellos que salían del país, sería uno de los pocos ejemplos que podríamos citar fuera del páramo cultural español.

Por tanto la idea de realizar algo nuevo en cualquiera de los ámbitos culturales parecía a muchos jóvenes, en el aire de entusiasmo colectivo que hemos referido, algo natural: más que eso, ¡era imprescindible!

Aunque algo especial debería existir en Cieza en aquellos años, porque en este lugar este espíritu de creación se ofreció de un modo más decidido que en otros lugares, no sólo cercanos. Acaba de terminar aquí el ciclo de progreso que el esparto había supuesto para la ciudad desde que su industrialización comenzara a desarrollarse a finales del siglo XIX, con un epílogo que lo alargó unos años a causa de la política económica autárquica practicada por el anterior régimen que impedía la entrada de otros géneros, como el sisal, que podían competir con él.

De hecho, durante el año 1978 tuvieron lugar una serie de hechos que nos pueden dar una ligera idea de la atmósfera imperante, aunque no seré yo quien los explique, no sé hacerlo, limitándome aquí a ofrecer a los sociólogos un campo de acción realmente interesante. Intentaré en cualquier caso una pequeña descripción:

En agosto de ese año, 1978, el cantante José Vélez se vio obligado a actuar gratuitamente en la sala de fiestas *El Gato Azul* por haber incumplido un contrato anterior con la empresa.



Portada de José Aroca Lucas, septiembre de 1976

Cuando comenzó su actuación, alguien desde el público comentó que habían pagado las entradas a trescientas pesetas y el cantante dijo que no comprendía por qué, puesto que estaba actuando gratis. Se originó un gran movimiento de protesta entre el público cuya violencia culminó con la casi destrucción de la sala.

Por esas fechas vino a jugar, debió poco después de la feria, el equipo de fútbol del Alicante. Cuando alguien de la grada intentó acometer al árbitro, un policía nacional le pegó duramente a la vista de todos. Tras un silencio profundo, las piedras que había tras las gradas del destartado campo de la Avenida del Caudillo llovieron sobre el gran número de policías que había ese día en el campo, cayendo uno tras otro como si se hubiesen convertido en monigotes de aquella feria.

También por esas fechas estalló una bomba en un banco del paseo, ¡de los de sentarse!, sin que se conozca, que yo sepa, la autoría del hecho. Y en la plaza de toros el último alcalde no elegido sacó la pistola que guardaba su mujer ante los gritos de algunos en el momento en el que se sintió intimidado

No creo que nunca se haya vivido en Cieza un ambiente tan crispado, lo que sucedía en un momento en el que todavía no se había salido de la anterior situación y no se había entrado en otra nueva que se abría como muestra la pervivencia de un alcalde de otra época en un momento de casi libertad. Y es que para evitar que volviesen a suceder los acontecimientos que llegaron a precipitar tiempo atrás la segunda república, se había decidido por los detentadores del poder político realizar en primer lugar las elecciones generales dejando para después las elecciones municipales en las que se elegirían representantes democráticos después de tanto tiempo. La última elección democrática databa de 1931. Casi medio siglo antes.

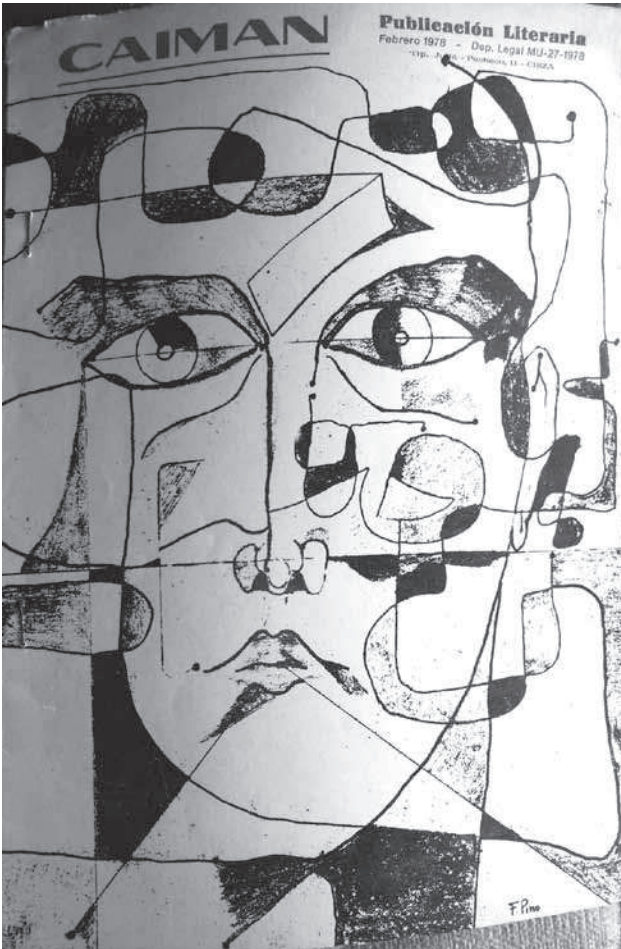
Este ambiente crispado que describo se disipó por suerte y todos volvieron a construir sus vidas en un ambiente de libertad. Y de sosiego.

En Cieza, esos sentimientos de libertad, de creación y ese ambiente colectivo de entusiasmo, no exento de temor heredado, cristalizarían poco después, gracias a la acción de muchos jóvenes, en una verdadera eclosión cultural, muchos de cuyos resultados son todavía visibles en nuestro pueblo.

La nueva corporación elegida ya con modos democráticos decidió dar cabida a la gente en el momento de la toma de decisiones en las distintas políticas que debía llevar a cabo, tengamos presente que también todo era novedoso para sus componentes, dando lugar a un proceso de auténtica participación ciudadana que llegó incluso a la programación de la Feria, un acontecimiento entonces más importante que ahora. Y en el campo cultural surgió el Instituto de Cultura de Cieza, con muchos campos abiertos: historia, literatura, radio, arqueología, teatro...

El primero, por el tema que hoy nos trae aquí, fue el literario, uniéndose los promotores de la revista *El Caimán*, cuyo título tiene para mí resonancias familiares, con otros jóvenes interesados en la creación, cuyo resultado sería la revista *La Sierpe* y el *Laúd*, una maravillosa herencia cultural hoy tan viva como entonces.

Pero, como señalaba, no fue el único campo que alcanzó un importante desarrollo. El grupo de jóvenes interesados en la historia conseguimos la creación de la comisión para la creación de un Museo de Arqueología que con el decidido apoyo de la corporación municipal hizo realidad un museo para la ciudad en el edificio que



Portada de Paco Rubio, febrero de 1977

había albergado el instituto de enseñanza Isabel la Católica, con el tiempo transformado en el excelente Museo de Siyasa que hoy alberga los descubrimientos realizados en el despoblado de Siyasa, hasta entonces ignorado y abandonado, y todavía sin nombre.

Luego vendría el grupo de Teatro y la realización de la Muestra de Teatro de Cieza, una de las pocas realizaciones del período que hoy, tristemente, han desaparecido. A pesar de que llegó a recibir más de 700 personas por jornada durante años, en la semana previa a la feria, acogiendo a los mejores grupos de teatro españoles, convirtiéndose así en uno de los eventos más importantes de la Región de Murcia.

Y de este modo, con el desarrollo de muchos otros espacios culturales se llenó el vacío que comentábamos en un encuentro fructífero entre políticos locales y jóvenes llenos de inquietudes que consiguieron realmente una profunda transformación.

Aunque no sería justo, y no lo haré, olvidar la acción del club Atalaya, compuesto de jóvenes

que llenaron la vida de Cieza de música, de cine y de memoria. Uno de sus responsables lo definió hace unos años como un club que supo ser un espacio dinámico, comprometido, donde muchos ciezanos, durante décadas, han bailado, jugado al fútbol, cantado, han visto cine, han oído a cantautores y han asistido a conciertos y recitales.

Una de las realizaciones culturales en la Cieza de aquellos años fue la revista *El Caimán*. También en este caso deberíamos de hablar de un nacimiento sobre un páramo pues no se habían llevado a cabo otros intentos literarios, si exceptuamos la revista *Menjú*, allá por los años 60, de valor limitado.

Yo fui testigo cercano del nacimiento del *Caimán* porque uno de sus hacedores fue mi hermano Jesús. Junto a él se encontraban Félix Abellán y Lorenzo Guirao, a quienes se unirían después Paco Pino, Manuel Egea y Diego Montesinos. Ángel Almela se incorporaría ya en el segundo número de la revista.

Aunque su nacimiento tuvo un fructífero prólogo con la visita que este grupo de amigos realizó a la casa oriolana de Miguel Hernández, lugar en el que se admiraron de penetrar en una vivienda sencilla y tradicional, de dos plantas, situada en los límites de la ciudad y de encontrarse con la higuera que sirvió de inspiración al poeta para su inmensa elegía, sin duda el mejor poema escrito en castellano a la amistad. De hecho la higuera fue protagonista en la vida y en la obra del poeta malogrado. Ahora los aspirantes a tal título, al de poetas, se creyeron subiendo por los altos andamios de las flores para contemplar a Hernández apacentando, ensimismado, a sus cabras.

La visita se marcaría con una huella profunda en sus corazones hasta el punto de entregarse de lleno a la creación de una revista en la que el primer número fue dedicado casi íntegramente al poeta de Orihuela, cuya voz había sido silenciada cuando comenzaba aquella noche de piedra.

Su breve trayectoria vital, como señala José Antonio Serrano, su verdad de hombre, de la que fue dejando muestras en todas sus actuaciones; su poesía, apasionada en ocasiones hasta la desesperación, serena en otras hasta el desaliento; humana y verdadera siempre, hicieron del poeta un mito para las jóvenes generaciones de las últimas décadas. Porque, de alguna manera, Miguel Hernández encarna la figura del poeta de la libertad.



En este sentido no podemos sino recordar alguno de sus versos que tantos llevamos guardados:

Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho; dan espumas mis venas,
y entro en los hospitales; y entro en los algodones
como en las azucenas.

...

Retoñarán aladas de savia sin otoño
reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida.
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida.

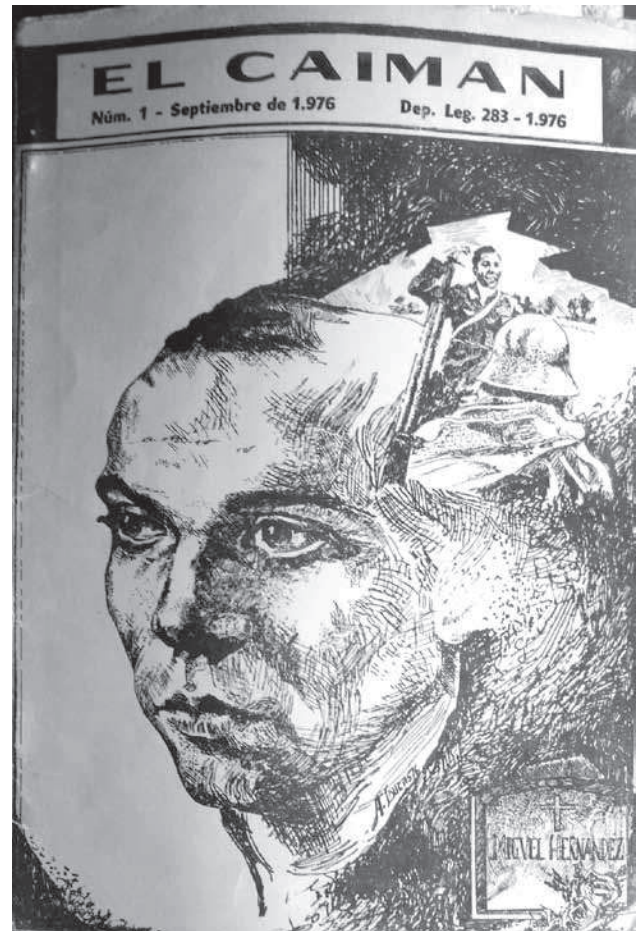
Toda una premonición según estamos viendo.

Pero no no estuvo aquel ejemplar por completo dedicado al poeta de Orihuela pues un espacio de ese primer número de la revista que hoy festejamos fue ocupada por el miedo, por la lucha frente a él. La poetisa María Pilar López ofreció un valiente poema titulado “Réquiem por Antonio”, fechado en Cieza “cualquier día de una triste primavera”, en el que recordaba la muerte reciente de un barrendero acusado de robo en lo cuarteles de la guardia civil de Cieza. Empezaba...

¡Qué fácil fue morir, Antonio!
Hizo falta un buen golpe.
Un golpe con mala suerte.
Un golpe de muerte.
También hubiera sido fácil vivir, Antonio.
Tenías que haber dicho: sí...

La revista *El Caimán*, una humilde edición en ciclostil, era realizada de forma artesanal mientras los “butanos” de cerveza cambiaban de manos y las risas se mezclaban con el sonido monótono e incesante de aquella máquina hoy perdida en el recuerdo. Después todos habían de salir a la calle a repartirla para sufragar los gastos, aunque señalan los fundadores que eso no fue suficiente y tuvieron que coger fruta a jornal para poder hacerlo. En el segundo número instalaron en el Paseo una especie de chiringuito de venta, acosados por los ojos de las fuerzas vivas, vivas todavía. Unos ojos que ellos sentían siempre próximos.

Y ya han transcurrido cuarenta años desde aquel día remoto en que un grupo de jóvenes e indocumentados crearon la revista de literatura, en palabras de Jesús Salmerón, quien recuerda



Portada de Francisco Pino, febrero de 1978

aquel verano en el que, entre baño y baño en las aguas (entonces turbulentas, hoy mansas) del río Segura, se pensaron inmortales. En aquellos días de 1976, cuando al tiempo que maduraban las primeras uvas de septiembre salió a la luz –luz violenta y gris en el recuerdo, nada que ver con la pastueña y naif de las actuales floraciones de Cieza–, aquella publicación mítica que habría de marcar un antes y un después en el devenir de las letras... ciezanas, al menos. Pero que alcanzaría con el tiempo una mayor proyección que la local.

Coincido con Jesús Salmerón cuando afirma que **El Caimán** es un hito que marcó la vida afectiva y literaria de una generación, de un puñado de ciezanos que salimos a la calle, dice, gritando libertad y conjuramos el miedo con la palabra: un puñado de muchachos que sentimos que habíamos llegado al mundo con la misión de incendiarlo y de cambiarlo para siempre.

Porque ahí se encuentran las claves del nacimiento de la revista: la juventud, el deseo de libertad, el miedo y la viva intención de cambiar el mundo.